

DESDE LA CAJA NEGRA DE LA REVISTA TELL: El Cuento de Zin y Kon

En el momento de cumplirse un nuevo aniversario de la revista que da lugar a la publicación de esta columna, y tomando el significativo Tell que la identifica, se me instala el deseo de contar un cuento. Al fin y al cabo la revista da cuenta de eso, de contar y dar cuenta del acontecer de los eventos de su ciudad y de los ciudadanos que la habitan. Es una revista que atañe a nuestra ciudad, da cuenta y cuenta de la vida, del quehacer, de los sueños y de los oficios de sus moradores. Una revista que no pretende ser demasiado. Una revista que puede hacer lo que hace con poco. Como la historia de Zin y Kon que les relato a continuación.

Voy a narrar la historia de dos habitantes de un pueblo no muy lejano que se emplazaba en medio de un valle rodeado de montañas, lo que los hacía habitar las alturas de un modo tal, que aunque se empeñaran por otear el horizonte nunca lograban ver el mar. En esto de desear lo que no se tiene y alentados por las historias de un viejo pescador que se había venido a morir en estas soledades, Zin y Kon los hermanos de esta historia anhelaban y tejían en sus fantasías encuentros imaginarios con aquello que les era difícil de poder ver. Con aquello que insistía en darse a ver sin ser visto. Aquella imagen que no cesaba de no escribirse. De todas las imágenes que el viejo pescador tejía en la fantasía de los hermanos, la que más profundamente cautivaba a Zin era la de una puesta de sol, donde al parecer los colores se prendían y oscurecían en el horizonte en la hora silente del ocaso. Ambos ya no tan jóvenes, se percatan que de no emprender un viaje, que de no dejar la aldea por un tiempo (nada se puede ver sin dejar de ver, les repetía el pescador), talvez se privarían para siempre de ver una puesta de sol como las descritas. Es así como deciden partir, cada cual a su modo, (como habría de ser sino), en busca de la puesta de sol prometida. Lo hacían ahora al final de sus días para de ese modo no morir sin antes haber tenido el ocaso en la pupila. Zin se desvela una noche y prepara un zurrón, algunos víveres y tomando un morral con su navaja y otros mínimos enseres emprende el viaje. Posiblemente no previó los inconvenientes que habría de pasar en tal travesía. Kon, mucho más previsor, se dedico por siete días a preparar el viaje previendo los contratiempos que le podrían ocurrir durante la travesía, para lo cual consiguió incluso una mula que portase víveres, mantas, ollas y en general los enseres que le fueran útiles para cubrir cualquier eventualidad. Zin llevaba muy poco y Kon talvez llevaba demasiado. Al cabo de unos días Zin , después de muchas zozobras, de noches de frío y algunos días de hambre, animado por el deseo de ver el mar, al subir una colina pudo ver por primera vez a lo lejos su horizonte. Un día más tarde llegó a la playa y se sentó. Comió sus últimos mendrugos y esperó que se pusiese el sol. Esa tarde sus lágrimas llenaron de brillos los colores del ocaso que Zin grabo en su retina con una dicha que le pareció eterna. Esta escena se repitió algunos días mientras esperaba la llegada de Kon. Para este último, si bien había previsto todas las dificultades, el viaje se le había tornado largo y tedioso al punto que se cuestionaba si la recompensa de ver una puesta de sol valdría tanto esfuerzo. La mula no pasaba por los senderos estrechos por los que había pasado Zin. (Esto le resonaba a una vieja parábola escuchada de su abuelo acerca de la aguja y un camello). Cuando finalmente arriba Kon, muy maltrecho y cansado, ya se había instalado el invierno. Pasaron unos días sin sol y Kon temiendo quedarse sin alimento y sin sustento, decide descansar para regresar de madrugada al pueblo. Esa tarde el horizonte se despeja de la lluvia y se instala en el horizonte la policromía de un arcoiris. Zin corre a despertar a Kon, pero este estaba tan profundamente dormido que le pidió lo dejase en paz. Al otro día retornaron al pueblo, Zin regresó como había venido , casi sin nada, aparte de la imagen del ocaso y del arco iris en la retina. Kon regresó con algo menos, pero lo de

menos , lo perdido, no fue suficiente como para haberle permitido ver la puesta de sol anhelada. Al parecer el ojo para ver debe estar un poco más vacío o en cierto modo libre de anhelos de ver demasiado. Al parecer Zin tuvo con lo que no tenía y Kon no pudo tener con lo que le sobraba. A veces más vale hacer como Zin.